

## INTRODUCCIÓN

### 1. EL TERROR

«La emoción más antigua y más intensa de la humanidad es el miedo, y el más antiguo y más intenso de los miedos es el miedo a lo desconocido», escribió el escritor y experto en el tema H. P. Lovecraft (1890-1937) al inicio de su ensayo *El horror en la literatura*.

Cabe añadir que los miedos o temores cubren un amplio espectro, que oscila entre una suave expectación, el horror que produce escalofríos y el paro cardíaco.

Esos temores pueden sustentarse en causas naturales o sobrenaturales. En el primer caso, el miedo constituye un mecanismo de supervivencia básico, una respuesta a estímulos específicos, como un dolor agudo o una amenaza inminente. Es beneficioso, tanto para el individuo como para la especie, puesto que nos enseña a detectar un peligro real y nos permite enfrentarnos con él.

En el segundo caso, el de las causas sobrenaturales, el miedo está enraizado en las creencias, en las tradiciones religiosas y en el folclore, y se centra en lo que ocurre tras la muerte, el mal como principio diabólico y la aparición del diablo o sus múltiples imitadores.

Es este miedo de origen sobrenatural el que da pie a la literatura clásica de terror, que se expresa en historias de

fantasmas, aparecidos,<sup>1</sup> brujas, ogros, duendes, demonios, vampiros, hombres lobo, transformaciones en otros seres y pactos con el diablo como el de Fausto, un anciano erudito que, según la leyenda medieval alemana, aceptó cambiar su alma por la juventud, los placeres mundanos y el conocimiento ilimitado.

Llama la atención que el miedo a lo sobrenatural haya existido entre todos los pueblos y en todas las épocas. Incluso ahora, cuando el progreso científico ha cambiado considerablemente nuestras vidas, mucha gente aún cree, de manera más o menos consciente, en la existencia de un espíritu separado del cuerpo y en alguna forma de inmortalidad.

Pero la literatura de terror no se dirige solo a las personas que aceptan la existencia de un mundo sobrenatural, sino también, y en particular, a quienes, aunque no creen en él, disfrutan explorando sus límites.

Los aficionados al género saben que en el fondo se trata de un juego literario, y que al final del relato habrá una explicación, o al menos una ambigüedad razonable, y todo volverá a su antiguo y tranquilo cauce. Es como si ese contacto esporádico con las frágiles fronteras de lo desconocido nos permitiera prepararnos para las duras eventualidades de la vida diaria.

## 2. LA INVENCIÓN DE LO DESCONOCIDO

El relato de terror es posiblemente tan antiguo como el lenguaje. De noche, al calor de la hoguera, los hombres

---

1. Ver en esta misma colección el libro *Fantasmas y aparecidos* (*Antología de relatos españoles de misterio*).

primitivos podían contar a los demás miembros de su tribu el miedo que sentían hacia todo lo que se les antojaba un misterio: las continuas transformaciones del cuerpo, la enfermedad inexplicable, las relaciones con otros animales, la muerte repentina en la caza o en el combate.

Quizá el fenómeno del sueño contribuyó también a la concepción de un mundo irreal o espiritual. La continua irrupción en nuestra vida onírica de imágenes cambiantes, que proceden de nuestro interior pero sobre las que no ejercemos ningún control, pudo hacerles pensar que en nosotros habitaban poderosas fuerzas desconocidas, que se manifestaban en los sueños y cuya influencia quizá perduraba tras la muerte.

Algunos pudieron soñar que habían visto a un muerto reciente o a un ser maligno que buscaba venganza, y lo contaron, dando así origen a una sucesión de nuevos relatos, mitos y conjuros.

Es fácil imaginar las especulaciones de aquellas gentes. Los aparecidos podían ser malos o benévolos. Podían haberse comportado con bondad en vida y haberse vuelto feroces tras la muerte. O podía ocurrir, dependiendo del sistema de creencias, que los espíritus benevolentes fuesen las almas inmortales de los muertos benevolentes, y los espíritus malvados las almas inmortales de los muertos malvados. De ese modo, el carácter de una persona en el más allá no sería una recompensa o un castigo por su actividad anterior, sino más bien una persistencia en el tiempo y en el espacio del carácter que había tenido en vida.

### 3. LOS INICIOS DE LA LITERATURA DE TERROR

Las primeras menciones al más allá y las primeras historias sobre espíritus y almas errantes figuran ya en los primeros

textos escritos: las tablillas de arcilla de la antigua Mesopotamia que contienen la primera epopeya conocida, la de Gilgamesh, datada hacia 1800 a. C. o antes, y tempranos textos funerarios egipcios, pintados y grabados en paredes sepulcrales y sarcófagos o en papiros, como el *Libro de las Pirámides*, el *Libro de los Sarcófagos* o el muy leído *Libro de los Muertos*, datado hacia 1500 a. C.

Hay fantasmas y viajes al mundo de ultratumba en la *Odisea* del griego Homero (s. VIII a. C.), donde el héroe Aquiles conversa con el alma de su amado Patroclo, que «se disipó como si fuese humo y penetró en la tierra dando chillidos», y en la *Iliada*, donde Ulises desciende al Hades o infierno, como también hicieron los héroes mitológicos Orfeo y Eneas y, mucho después, el poeta Dante Alighieri (1265-1321) en su obra la *Divina Comedia*.

En la literatura latina, el tema de la casa embrujada surge en una obra del dramaturgo Plauto (254-184 a. C.) y vuelve a aparecer en una carta del escritor y científico Plinio el Joven (61-113 a. C.).

La primera versión conocida de la horrenda historia de la novia cadáver, *Filinnion y Machates*, que posteriormente contaría Proclo (410-485) y serviría de inspiración a Goethe (1749-1832) para *La novia de Corinto* y a Washington Irving (1783-1859) para *El estudiante alemán*, fue anotada por primera vez por Flegón, un historiador griego del siglo II, en su tratado *De las cosas maravillosas*, colección de los milagros antiguos.

Y el tema de la metamorfosis de un soldado que se transforma en lobo y viceversa irrumpe con fuerza en un episodio breve pero inolvidable de la novela satírica el *Satiricón* de Petronio (14-65).

En la Edad Media se solía creer que los muertos pasaban una temporada en el purgatorio, como castigo por los pecados cometidos. Cabe suponer que desde allí les resultaba más fácil regresar al mundo de los vivos que desde el cielo o el infierno, lugares más alejados por expresarlo de algún modo. Los fantasmas de las crónicas medievales siempre volvían del más allá con una misión, para pedir a los vivos que los perdonasen o vengasen o para exigirles que antes de morir se arrepintiesen de sus pecados.

El fuerte dominio de lo demoníaco estaba intensificado por un miedo sincero a la brujería de la época. Había un creciente número de tratados sobre brujería y demonología, y de leyendas y baladas de carácter tenebroso. Esas influencias se perciben con claridad en el teatro isabelino. Bajo el largo reinado de Isabel I de Inglaterra, Christopher Marlowe (1564-1593) con su *Doctor Fausto* y Shakespeare (1564-1616) con las brujas de *Macbeth* y el fantasma del padre en *Hamlet* nos dejaron obras y momentos espectrales de gran vigor.

En *Hamlet*, por ejemplo, el fallecido rey de Dinamarca aparece en escena con su armadura completa, y su expresión es «más de tristeza que de enojo». Incluso se gana las simpatías del público cuando admite que está condenado a caminar de noche y a dormir en el fuego del purgatorio durante el día.

En 1706 se publicó en Londres un panfleto anónimo cuyo título completo era *La aparición de la señora Veal a la señora Bargrave en Canterbury el 8 de septiembre de 1705, al día siguiente de la muerte de la primera*. Tuvo un enorme éxito popular, y poco después salió a relucir el nombre del autor, Daniel Defoe (1660-1731), que aún no había publicado su extraordinario *Robinson Crusoe*. Contada con

la sobriedad de un reportaje, *La aparición de la señora Veal* pasa por ser el primer relato occidental de fantasmas y un precursor de la llamada literatura gótica.

Por las mismas fechas, en 1704, el orientalista y numismático Antoine Galland (1646-1715) empezó a publicar *Las mil y una noches*, recopilación de cuentos árabes de origen persa e indio, a la que ocasionalmente añadía algunos de otras fuentes para alcanzar la cifra propuesta en el título. Esa recopilación amplió los márgenes del terror fantástico, al incluir escenarios exóticos, genios de grandes poderes, espíritus errantes y unos demonios necrófagos, los gules, que vagaban por los cementerios para alimentarse de los muertos.

#### 4. EL AUGE DE LA LITERATURA DE TERROR

Pese a estos ilustres antecedentes, suele considerarse que la literatura de terror no nace como género definido hasta la segunda parte del siglo XVIII. Como contrapartida al racionalismo de la época, y en un momento en que buena parte de la sociedad había perdido la fe en lo sobrenatural, empezaron a surgir historias que combinaban maldiciones ancestrales, pasadizos secretos y chirridos de cadenas.

«¿Cree usted en los fantasmas?», le preguntó Horace Walpole (1717-1797) a su corresponsal Mme. du Deffand (1697-1780), mujer de letras y epistológrafa. «No, pero me asustan», contestó ella.

Walpole fue el autor de *El castillo de Otranto* (1764), obra fundacional de la llamada novela gótica, género asociado en Inglaterra, donde se originó, con la resurrección del estilo arquitectónico conocido como gótico.

Obras considerables de la escuela gótica fueron *Vathek* (1786), de William Beckford (1760-1844), una extraordinaria combinación de *El castillo de Otranto* y *Las mil y una noches*; *Los misterios de Udolfo* (1794), de Ann Radcliffe (1764-1823); *El monje* (1796), de Matthew Lewis (1775-1818), y *Melmoth el errabundo* (1815), de Charles Maturin (1782-1824), considerada por algunos críticos como la última novela gótica propiamente dicha.

En Alemania, el pionero del género fantástico y de terror fue E. T. Hoffmann (1776-1822), una de las máximas figuras del Romanticismo alemán, autor de novelas como *Los elixires del diablo* (1815), donde introduce el tema del doble fantasmal o *doppelgänger*. También alemán, aunque nacido en Francia, fue Adelbert von Chamisso (1781-1838), cuya reputación literaria se basa sobre todo en *Peter Schlemihl* (1814), novela corta mucho más conocida como *El hombre que vendió su sombra*, donde el protagonista hace un pacto con el diablo.

En Francia, el género pasó a llamarse *fantastique* y se caracteriza por una intrusión de lo sobrenatural en un entorno realista. Fue cultivado, entre muchos otros, por Jacques Cazotte (1719-1792), autor de *El diablo enamorado* (1772); Honoré de Balzac (1799-1850), autor de otra historia de pacto con el diablo, *La piel de zapa* (1831); Théophile Gautier (1811-1872), autor de *La muerte enamorada* (1836); Prosper Mérimée (1803-1870), autor de *La Venus de Ille* (1837), y Guy de Maupassant (1850-1893), autor de la obra maestra *El Horla* (1887), que incluimos en esta antología.

En Inglaterra, el género gótico se entrelazó con otros y ganó en complejidad y en densidad psicológica. Obras memorables escritas durante esos años fueron la novela *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818), de Mary Shelley (1797-1851),

que para algunos es el primer texto de ficción científica, en el que un científico fabrica un monstruo en su laboratorio, y el relato *El vampiro* (1819), de John William Polidori (1795-1821), donde el héroe, basado en el poeta lord Byron (1788-1824), de carácter turbulento y apasionado, es visto como un vampiro. Esa línea vampírica, de prestigiosas derivaciones, es una de las más fructíferas de la literatura de terror.

Pero el escritor de relatos terroríficos más importante de la época, y quizá de todos los tiempos, fue el estadounidense Edgar Allan Poe (1809-1849), de enorme influencia posterior. Poe, que reunía en sí mismo tanto una imaginación desbordante como una gran capacidad para el análisis, es autor de una serie de cuentos emblemáticos, como *La caída de la casa Usher* (1839) y *El pozo y el péndulo* (1842). Durante un tiempo, la trágica historia de su vida, que parecía evocar sus relatos más lúgubres, oscureció las dimensiones de su obra, que hoy goza de prestigio universal.

Es inevitable citar también, siquiera de pasada, una serie de obras escritas durante el largo reinado (1837-1901) de la reina Victoria: *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde* (1886), del escocés Robert Louis Stevenson (1850-1894), retrato de una personalidad dividida entre el bien y el mal; *El retrato de Dorian Gray* (1890), del también irlandés Oscar Wilde (1854-1900), variación sobre el mismo tema, y el más perdurable de los libros sobre vampiros: *Drácula* (1897), de otro irlandés, Bram Stoker (1847-1912).

## 5. LOS CUENTOS DE TERROR

Dos de las razones principales de la proliferación de la literatura de terror son el puro placer y las virtudes terapéuticas.



Al mismo tiempo que esa lectura nos inquieta y nos produce escalofríos, ayuda a neutralizar nuestros miedos interiores y a exorcizarlos.

Suele decirse que la brevedad del cuento, su relativa sencillez argumental y la necesaria concreción hacen de él un instrumento ideal para el género de terror, tanto para el autor, que puede prescindir de todo elemento narrativo accesorio, y concentrarse en el efecto puntual deseado, como para el lector, que no necesita mantener la credibilidad en una historia de por sí increíble durante demasiado tiempo.

Los cuentos de terror pueden clasificarse por sus temas, algunos de los cuales ya hemos mencionado: los fantasmas, los vampiros, el doble, la metamorfosis, los sueños, los hechizos, la locura, los tratos con el diablo o con otro ser maligno.

Algunos prefieren clasificarlos por la explicación que ofrecen o que se deduce de su lectura. Así, por ejemplo, hay cuentos que se explican por la intervención de un ser o de un hecho sobrenatural. Hay otros que, tras algunas incertidumbres, ofrecen una interpretación supuestamente lógica o científica. Y también están los que se explican por la intervención de un ser o de un hecho sobrenatural, pero sugieren la alternativa de una explicación natural. La historia podría ser fruto de una coincidencia, o haber ocurrido solo en la mente de los protagonistas, o durante un sueño.

## 6. ESTA ANTOLOGÍA

Se ha procurado ofrecer un muestrario de cuentos de terror clásicos, tan diferentes entre sí como los caracteres y los estilos de sus autores. El lector tendrá ocasión, pues, de tem-

blar con un experimento hipnótico que consigue retrasar la muerte en *La verdad sobre el caso del señor Valdemar*, de Edgar Allan Poe; la resurrección de una bruja rencorosa en el estremecedor *Viy*, de Nikolái Gógol; el presentimiento de un fantasma de una nueva especie que se apodera de nuestra voluntad en *El Horla*, de Guy de Maupassant, que es también un viaje por los aledaños de la locura; la usurpación por el diablo del cadáver de una mujer en *Janet la Torcida*, de Robert Louis Stevenson; la irresistible atracción de la bellísima mujer de nieve, que es también la muerte, en *Yuki-Onna*, de Lafcadio Hearn, y *La pata de mono*, obra maestra del cuento de terror, que expresa el poder de algunos objetos inanimados de procedencia exótica y el peligro de intentar corregir el destino, de W. W. Jacobs.

Cabe esperar que, en este muestrario, cada lector encuentre el relato que más le conmueva o amedrente. Si se me permite una observación personal, nunca he podido leer *Yuki-Onna* sin sentir escalofríos.

Se han mantenido íntegros los textos. Algunos párrafos se han subdividido para agilizar la lectura, y se han añadido las notas necesarias para su comprensión.

Vicente Muñoz Puelles

## EDGAR ALLAN POE

Edgar Allan Poe nació en 1809 en Boston, Nueva Inglaterra. Hijo de actores, se quedó huérfano a edad muy temprana. Fue acogido por la familia de John Allan, un rico comerciante de Richmond, que sin embargo nunca lo adoptó formalmente. Con los Allan se trasladó a Inglaterra, donde permaneció cinco años.

De vuelta en los Estados Unidos ingresó en la universidad de Virginia, pero tuvo que abandonar los estudios por falta de dinero. Tras alistarse en el ejército y ser expulsado de la academia militar de West Point, rompió con su padrastro y se trasladó a Boston.

Animado por el éxito de su primer libro, *Tamerlán y otros poemas*, Poe empezó a escribir relatos y a publicar en la prensa artículos de crítica literaria, con los que alcanzó notoriedad. Fue el primer escritor estadounidense de renombre que intentó vivir de la literatura, pero la falta de protección de los derechos de autor le perjudicó a lo largo de toda su carrera.

En 1835 se casó con su prima Virginia Clemm. Las penurias económicas, la enfermedad de su esposa y sus conflictos emocionales hicieron de su vida una existencia atormentada. El informe de un explorador, Jeremiah. H. Reynolds, que había viajado a los mares

antárticos, inspiró su relato más largo, *Narración de Arthur Gordon Pym* (1838), que contiene uno de los finales más extraordinarios de la literatura universal, y sin duda el más abrupto.

Dos años después publicó el primer volumen de sus cuentos, y en 1845 su poema *El cuervo*, que fue un éxito inmediato. Cuando le reprocharon su afinidad con los románticos alemanes, replicó: «El horror no procede de Alemania, sino del alma».

La muerte de su esposa le afectó profundamente. Tenía intención de crear y dirigir una revista literaria seria, pero el 3 de octubre de 1849 fue encontrado en las calles de Baltimore, necesitado de ayuda inmediata y en un estado delirante. Fue llevado al hospital universitario de Washington, donde murió cuatro días después, sin llegar a explicar qué le había ocurrido.

En algún momento debió de sentir que se internaba en mares cada vez más oscuros y gélidos, y empezó a llamar a gritos al explorador Reynolds, su guía en las regiones de los hielos eternos:

—¡Reynolds, Reynolds! ¡Oh, Reynolds!

Luego, demasiado débil para continuar, calló. Pareció descansar por un momento. Y entonces, de un modo curiosamente impersonal, murmuró:

—Que Dios se apiade de mi pobre alma.

Inclinó la cabeza y pareció amodorrarse como otras veces, pero su corazón había dejado de latir.

Fue enterrado en el cementerio de la iglesia de Westminster, en Baltimore, donde tiene dos tumbas: la original, que recibió sus restos al principio, y un

monumento de mármol levantado en 1875, donde ahora reposa en compañía de su mujer y su suegra.

Mientras, su influencia como poeta y autor de cuentos de horror, misterio y ciencia ficción ha seguido creciendo. «De un solo cuento suyo que data de 1841, *Los crímenes de la calle Morgue*, procede todo el género policial», escribió Jorge Luis Borges (1899-1986).

*La verdad sobre el caso del señor Valdemar* apareció por primera vez en 1845, en el *Broadway Journal* y en la *American Review* simultáneamente. El narrador, de quien solo se da la inicial P., podría referirse al propio autor. Esa circunstancia y la descripción detallada de las circunstancias de la muerte de Valdemar hicieron creer a muchos lectores que se trataba de un auténtico caso clínico.

El propio Poe tardó en admitir que se trataba de una obra de ficción. En la época de publicación del relato, la mujer de Poe llevaba cuatro años aquejada de tuberculosis, lo que quizá explique el conocimiento que el autor tenía de la enfermedad.

## LA VERDAD SOBRE EL CASO DEL SEÑOR VALDEMAR

No me sorprende que el extraordinario caso del señor Valdemar haya provocado tantas discusiones. Dadas las circunstancias, lo contrario hubiera sido un milagro. Aunque todos los implicados deseábamos mantener el asunto alejado del público, al menos de momento, o hasta que encontráramos nuevas oportunidades de investigación, no pudimos evitar que se propagara una versión tan fragmentaria como exagerada, que ha producido, naturalmente, cierto grado de incredulidad.

Ha llegado, pues, el momento de que exponga los hechos, en la medida en que me es posible entenderlos. Son estos:

Durante los últimos tres años he estado estudiando el mesmerismo.<sup>1</sup> Hace unos nueve meses, se me ocurrió que entre los experimentos efectuados hasta ahora existía una omisión curiosa e inexplicable: nadie había

---

1. El mesmerismo o doctrina del magnetismo animal fue una teoría preconizada por el médico Franz Mesmer (1733-1815), según la cual existía un fluido magnético universal que podía ser utilizado como agente terapéutico. El mesmerismo se hizo muy popular y está en el origen de algunas teorías sobre la hipnosis.

sido hipnotizado *in articulo mortis*.<sup>2</sup> Faltaba saber si, en primer lugar, un paciente en esas condiciones podría ser hipnotizado; en segundo lugar, si, en caso de que pudiera serlo, ese estado aumentaría o disminuiría la sensibilidad hipnótica, y, en tercero, hasta qué punto, o por cuánto tiempo, el hipnotismo detendría el proceso de la muerte. Quedaban por determinar otros aspectos, pero estos eran los que más suscitaban mi curiosidad, sobre todo el último, dadas sus consecuencias.

Pensando si entre mis relaciones habría alguna que me permitiese verificar esos puntos, me acordé de mi amigo Ernest Valdemar, el conocido compilador de la *Bibliotheca Forensica*<sup>3</sup> y autor (bajo el *nom de plume*<sup>4</sup> de Issachar Marx) de las versiones polacas de *Wallenstein* y *Gargantúa*.<sup>5</sup>

El señor Valdemar, residente desde 1839 en Harlem,<sup>6</sup> Nueva York, es, o era, especialmente notable por su extraordinaria delgadez, tanto que sus piernas se parecían mucho a las de John Randolph,<sup>7</sup> y por la blancura de sus patillas, que contrastaban tanto con sus

---

2. *In articulo mortis*: locución latina que significa «a punto de morir».

3. Supuesta recopilación de textos forenses.

4. *Nom de plume*: seudónimo literario.

5. Poe, como siempre, fabula con la ayuda de detalles exactos. *Wallenstein* (1800) es un drama del escritor alemán Friedrich von Schiller (1759-1805). *Gargantúa* (1532) es una novela cómica del escritor francés François Rabelais (1494-1553).

6. Barrio de la ciudad de Nueva York al norte de Manhattan.

7. John Randolph (1773-1833) fue un congresista de Virginia.

cabellos negros que muchos creían que llevaba peluca. Tenía un temperamento nervioso, que le convertía en el sujeto idóneo para las experiencias hipnóticas.

Dos o tres veces le había adormecido sin gran esfuerzo, pero no había conseguido los resultados que su constitución me había inducido a esperar. Su voluntad nunca estuvo del todo bajo mi dominio, y, en lo que se refiere a la *clairvoyance*,<sup>8</sup> no logré nada digno de mención.

Atribuía yo aquellos fracasos a la precaria salud de mi amigo. Meses antes de que yo lo conociera, los médicos le habían diagnosticado una tisis.<sup>9</sup> Solía hablar con toda calma de su próximo fin como algo inevitable, que no valía la pena lamentar.

Cuando se me ocurrieron las ideas que he mencionado, pensé en acudir a Valdemar. Conocía demasiado bien la serena filosofía de mi amigo como para temer algún escrúpulo de su parte, y sabía que no tenía parientes en América que pudieran oponerse. Le hablé con sinceridad del asunto y, para mi asombro, descubrí que manifestaba un vivo interés. Digo para mi asombro porque, si bien hasta entonces se había sometido libremente a mis experimentos, nunca había mostrado especial curiosidad por ellos.

Su enfermedad era de las que permiten calcular con cierta precisión la fecha de la muerte. Convinimos,

---

8. *Clairvoyance*: clarividencia, en francés, esto es, la facultad de anticipar hechos futuros.

9. Tisis: tuberculosis pulmonar.



pues, en que me avisaría veinticuatro horas antes del momento en que la situaran los médicos.

Hace más de siete meses recibí la siguiente nota del propio Valdemar:

Mi querido P.:

Puede venir ahora. D. y F. coinciden en que no pasaré de mañana a medianoche. Creo que su cálculo es bastante preciso.

Valdemar

Quince minutos más tarde estaba en el dormitorio del moribundo. Llevaba diez días sin verlo y me aterró la espantosa transformación que había experimentado en un tiempo tan corto. Su rostro tenía un color plomizo, los ojos carecían de brillo y estaba tan demacrado que los pómulos le habían perforado la piel. Expectoraba sin cesar y el pulso era casi imperceptible. Conservaba, sin embargo, sus facultades mentales intactas y cierto vigor físico. Hablaba con claridad, tomó un calmante sin ayuda y, cuando entré en su habitación, tomaba notas en un cuaderno.

Estaba sentado en la cama, sostenido por varios almohadones. Los doctores D. y F. se hallaban a su lado.

Después de estrechar la mano de Valdemar, hice un aparte con los médicos, que me proporcionaron una descripción minuciosa del estado del enfermo. Desde hacía dieciocho meses, el pulmón izquierdo se hallaba en un estado semióseo o cartilaginoso, y, como es obvio, no funcionaba. El pulmón derecho también

estaba parcialmente osificado en su porción superior, mientras que la inferior era solo una masa de tubérculos purulentos, que se comunicaban entre sí. Había algunas perforaciones profundas, y en cierto punto las costillas estaban completamente adheridas.

Esas transformaciones del lóbulo derecho eran de aparición reciente. La osificación había progresado con insólita rapidez, ya que un mes antes no se percibía, y la adherencia solo había sido descubierta hacía tres días.

Además de la tisis, los médicos sospechaban que podía haber un aneurisma de aorta,<sup>10</sup> pero los síntomas de osificación impedían un diagnóstico preciso. Ambos opinaban que Valdemar moriría hacia la medianoche del día siguiente, un domingo. Eran las siete de la tarde del sábado.

Al dejar la cabecera del moribundo para conversar conmigo, los doctores D. y F. se habían despedido definitivamente de él. No tenían intención de regresar, pero respondieron favorablemente a mi petición de volver hacia las diez de la noche del día siguiente, para examinar al paciente.

Cuando se fueron, hablé abiertamente con Valdemar sobre su próximo fin, y en particular sobre el experimento que le había propuesto. Nuevamente se mostró dispuesto, e incluso deseoso de llevarlo a cabo, y me instó a empezar cuanto antes. Un enfermero y una enfermera lo atendían, pero temí que pudiera

---

10. Un aneurisma de aorta es una dilatación localizada que produce una debilidad en la pared de la arteria.

producirse un accidente repentino, y no me atreví a emprender un experimento de aquella naturaleza ante testigos que acaso no estaban preparados para asumir tanta responsabilidad.

Esperé, pues, hasta las ocho de la noche del día siguiente, cuando la llegada de un estudiante de medicina al que conocía, el señor Theodore L., me liberó de toda preocupación. Yo había tenido la intención de esperar a los médicos, pero me vi obligado a proceder de una vez, en primer lugar por las urgentes peticiones de Valdemar, y en segundo por mi propia convicción de que no había un minuto que perder, ya que el final, sin duda, se acercaba con rapidez.

El señor L. tuvo la amabilidad de aceptar mi petición, así como de tomar nota de todo cuanto sucedió. Lo que voy a relatar ahora procede de sus apuntes, ya sea en forma condensada o *verbatim*.<sup>11</sup>

Debían de faltar unos cinco minutos para las ocho cuando tomé la mano de Valdemar y le pedí que confirmara a L., con la mayor claridad posible, si estaba dispuesto a ser hipnotizado en aquel estado.

Débilmente, pero con resolución, el enfermo respondió:

—Sí, quiero ser hipnotizado —y de inmediato añadió—: Me temo que lo ha retrasado en exceso.

Mientras hablaba, empecé a efectuar los pases que en ocasiones anteriores había ejecutado con éxito. El

---

11. *Verbatim*: vocablo de origen latino que significa «palabra a palabra». Equivale a una cita literal.

primer movimiento lateral de mi mano sobre su frente pareció afectarle. Pero, aunque empleé todos mis poderes, no había conseguido ningún avance notable cuando, minutos después de las diez, llegaron los doctores D. y F., como habían prometido.

En pocas palabras les expuse mi intención, y, como no pusieron inconveniente, considerando que el enfermo estaba ya en plena agonía, seguí sin vacilar, cambiando los pases laterales por otros verticales y concentrando mi mirada en el ojo derecho de Valdemar.

Por entonces su pulso era imperceptible y respiraba entre estertores, a intervalos de medio minuto.

Esa situación se mantuvo casi sin cambios durante un cuarto de hora. Un suspiro perfectamente natural, aunque muy profundo, escapó del pecho del moribundo. Cesó la respiración estertórea o, mejor dicho, dejaron de percibirse los estertores. Los intervalos seguían siendo los mismos. Las extremidades del paciente tenían la frialdad del hielo.

A las once menos cinco advertí señales evidentes de influencia hipnótica. El movimiento giratorio de los ojos vidriosos fue sustituido por esa expresión de incómodo examen interior que es característica de los hipnotizados. Bastaron unos rápidos pases laterales para hacer temblar los párpados, como al principio del sueño, y algunos más para cerrar los ojos.

No bastaba esto, sin embargo, para contentarme. Repetí vigorosamente los pases y empecé toda mi voluntad, hasta que hube conseguido la completa rigidez de los miembros del durmiente, a quien previamente

había colocado en la posición que me pareció más cómoda. Las piernas estaban completamente estiradas; los brazos, extendidos, descansaban en el lecho, junto al cuerpo; la cabeza permanecía algo levantada.

Para entonces ya era medianoche, y pedí a los presentes que examinaran el estado de Valdemar. Tras algunas comprobaciones, admitieron que se encontraba en un estado excepcionalmente perfecto de trance hipnótico. La curiosidad de ambos médicos se había despertado en sumo grado. El doctor D. decidió pasar toda la noche a la cabecera del paciente, mientras el doctor F. se marchaba, con la promesa de volver al amanecer. El señor L. y los enfermeros se quedaron.

Dejamos tranquilo a Valdemar hasta las tres de la madrugada, cuando me acerqué a él y lo encontré en la misma posición que al marcharse el doctor F. Su pulso era imperceptible. La respiración era tan suave que solo podía detectarse aplicando un espejo a los labios. Los ojos estaban cerrados con naturalidad y las piernas tenían la rigidez y la frialdad del mármol. No obstante, la apariencia general no era la de un cadáver.

Intenté que su brazo derecho siguiera los movimientos del mío, que se desplazaba suavemente sobre su cuerpo. Esa clase de experimento siempre había fracasado con Valdemar, y no esperaba tener más éxito ahora. Pero, para mi asombro, su brazo fue siguiendo, aunque débilmente, las evoluciones del mío. Me atreví a pronunciar algunas palabras.

—Valdemar —pregunté—, ¿duerme usted?

No contestó, pero advertí un temblor en sus labios, por lo cual repetí la pregunta. A la tercera vez, todo su cuerpo se agitó con un leve estremecimiento. Los párpados se alzaron lo bastante como para asomar ligeramente el blanco del ojo. Los labios se movieron con lentitud y dieron paso a estas palabras apenas audibles:

—Sí, ahora duermo. ¡No me despierte! ¡Déjeme morir así!

Al palpar los miembros, los encontré tan rígidos como antes. El brazo derecho aún seguía la dirección de mi mano. Volví a interrogarle:

—¿Sigue sintiendo dolor en el pecho, Valdemar?

La respuesta fue inmediata, pero aún menos audible que la anterior:

—No sufro... Me estoy muriendo.

No me pareció razonable molestarle más por el momento, y nada más se hizo o se dijo hasta que el doctor F. llegó poco antes del amanecer, y se quedó completamente asombrado al encontrar al paciente con vida. Tras tomarle el pulso y acercar un espejo a sus labios, me pidió que lo interrogara.

—Valdemar —dije—, ¿sigue usted durmiendo?

Como antes, pasaron unos minutos sin que contestara, y durante el intervalo el paciente dio la impresión de estar reuniendo fuerzas para hablar. A la cuarta repetición de la pregunta, y con una voz que la debilidad volvía casi imperceptible, murmuró:

—Sí, duermo. Estoy muriéndome.

Los médicos tenían la opinión o, mejor, la convicción, de que Valdemar debía permanecer en su estado

de aparente tranquilidad hasta que la muerte sobreviniera, cosa que, según ellos, tardaría pocos minutos. Decidí, sin embargo, hablarle una vez más, y repetí mi pregunta.

Mientras lo hacía, en las facciones del hipnotizado se produjo un cambio notable. Los ojos se abrieron y giraron en sus órbitas lentamente, y las pupilas desaparecieron hacia arriba; la piel adquirió una tonalidad cadavérica, más parecida al papel blanco que al pergamino, y los círculos hécticos,<sup>12</sup> que hasta entonces destacaban con claridad en el centro de cada mejilla, se apagaron de pronto.

Uso esta palabra porque su desaparición me recordó a la repentina extinción de una vela. Al mismo tiempo, el labio superior se replegó, dejando al descubierto los dientes que antes cubría por completo; la mandíbula inferior cayó con un golpe seco, dejando la boca abierta de par en par y mostrando una lengua hinchada y ennegrecida. Ninguno de los presentes ignoraba los horrores de un lecho de muerte, pero el aspecto de Valdemar era tan atroz que hubo un movimiento general de retroceso.

Comprendo que he llegado a un punto de mi relato que el lector considerará increíble. Me veo, sin embargo, en la necesidad de continuar.

Ya no quedaba en Valdemar signo de vitalidad alguno. Convencidos de que estaba muerto, íbamos a confiarlo ya a los enfermeros, cuando advertimos un

---

12. Héctico: propio de la tisis o tuberculosis pulmonar.

fuerte movimiento vibratorio de la lengua. Esto duró alrededor de un minuto.

Después, una voz, que sería insensato pretender describir, brotó entre aquellas mandíbulas separadas e inmóviles. Cierto que hay dos o tres adjetivos parcialmente aplicables. Podría decir, por ejemplo, que su sonido era áspero y quebrado, y hueco. Pero el horroroso conjunto es indescriptible, por la sencilla razón de que los oídos humanos nunca han percibido resonancias semejantes.

Dos características, sin embargo, me parecieron, y aún me parecen, propias de aquel sonido. Las menciono porque pueden dar una idea de su condición inhumana. En primer término, la voz parecía llegar desde muy lejos, o de una caverna en la profundidad de la tierra. En segundo lugar, impresionaba al oído —temo que me resultará imposible hacerme entender— del mismo modo que las materias viscosas y gelatinosas impresionan al sentido del tacto.

He hablado de sonido y también de voz. He de decir que el sonido consistía en un silabeo nítido, de una claridad asombrosa y terrible. El señor Valdemar hablaba, y era evidente que estaba contestando a la pregunta que le había formulado minutos antes. Como se recordará, le había preguntado si dormía. Y ahora dijo:

—Sí... No... He estado durmiendo. Y ahora, ahora estoy muerto.

Ninguno de los presentes intentó ocultar el inexpressable, estremecedor horror que esas pocas palabras y esa voz nos infundieron. El señor L., el estudiante,



cayó desvanecido. Los enfermeros salieron del dormitorio y se negaron a volver. Por mi parte, no intentaré comunicar mis propias impresiones al lector. Durante una hora, en silencio, nos dedicamos a reanimar a L. Solo cuando volvió en sí pudimos examinar de nuevo el estado de Valdemar.

No había cambiado en nada, salvo que el espejo ya no se empañaba al ser aplicado a los labios. Fue inútil que tratáramos de sacarle sangre del brazo. Debo añadir que este no obedecía ya a mi voluntad. En vano me esforcé por hacerle seguir la dirección de mi mano.

La única señal de la influencia hipnótica era el movimiento vibratorio de la lengua, cada vez que lo interrogábamos. Parecía hacer todo lo posible por contestar, pero carecía de la voluntad suficiente. Y, aunque me esforcé por poner a cada uno de los presentes en relación hipnótica con él, permaneció insensible a las preguntas de los otros.

Con esto creo haber señalado lo necesario para que se comprenda el estado del hipnotizado en esos momentos. Conseguimos otros enfermeros, y a las diez de la mañana abandoné la casa en compañía de ambos médicos y del señor L.

Por la tarde volvimos a ver al paciente. Su estado no había cambiado. Discutimos la posibilidad y la conveniencia de despertarlo, pero enseguida llegamos a la conclusión de que no conseguiríamos nada bueno. Era evidente que hasta entonces la muerte, o eso que suele llamarse así, había sido detenida por el proceso hipnótico. Parecía claro que, si despertábamos a Val-

demar, solo apresuraríamos su inmediata o al menos rápida extinción.

Desde esa tarde hasta el final de la semana pasada —un intervalo de casi siete meses— seguimos visitando diariamente la casa de Valdemar, acompañados por médicos o por otros amigos. Durante todo ese tiempo, el hipnotizado se mantuvo exactamente como lo he descrito. La vigilancia de los enfermeros era continua.

Por fin, el viernes pasado resolvimos hacer lo posible para despertarlo. Sin duda, el lamentable resultado de esa experiencia es lo que ha producido tanta discusión en algunos círculos y generado una reacción pública que considero desproporcionada.

Para librar al paciente del trance hipnótico, recurrí a los pases acostumbrados. Al principio fueron inútiles. La primera indicación de una vuelta a la vida la proporcionó un descenso parcial del iris. Nos llamó la atención que ese descenso de la pupila fuese acompañado de un abundante flujo de icor<sup>13</sup> amarillento, procedente de debajo de los párpados, que despedía un olor penetrante y fétido.

Se me sugirió que intentara influir en el brazo del paciente, como otras veces. La tentativa no resultó. Entonces el doctor F. me aconsejó que interrogara al paciente:

—Señor Valdemar, ¿puede explicarnos qué sensaciones y deseos tiene ahora? —le pregunté.

---

13. Icor: en la antigua cirugía, líquido seroso que rezuman ciertas úlceras malignas.

Los círculos héticos reaparecieron de inmediato en las mejillas. La lengua tembló, o más bien giró con violencia en la boca, aunque las mandíbulas y los labios permanecieron rígidos. Y entonces irrumpió aquella horrenda voz que ya he descrito:

—¡Por amor de Dios... Pronto, pronto... Hágame dormir... O despiérteme... ¡Pronto! ¡Le digo que estoy muerto!

Perdí la serenidad y durante un momento no supe qué hacer. Por fin, me decidí a intentar calmar al paciente. Pero al ver que fracasaba, a causa de la total suspensión de la voluntad, rectifiqué y luché con todas mis fuerzas para despertarlo.

Pronto comprendí que lo conseguiría, y estoy seguro de que todos los presentes imaginaron que estaban a punto de asistir al despertar del señor Valdemar.

Pero lo que de veras ocurrió fue algo para lo que ningún ser humano podía estar preparado.

Mientras ejecutaba rápidamente los pases hipnóticos, entre los gritos de «¡Muerto! ¡Muerto!», que parecían explotar sobre la lengua del paciente, y no de sus labios, todo su cuerpo, en el espacio de un minuto o aún menos, se encogió, se deshizo y se pudrió entre mis manos. Sobre el lecho, ante todos los presentes, yacía una masa casi líquida, repugnante, de abominable putrefacción.